



SUS LITOGRAFÍAS se cuentan entre las más bellas y finas que en esa época se realizaron en México. Las de la serie Yucatán son excelentes, no sólo por la claridad del lenguaje que entonces preocupaba tanto a los artistas, deseosos de establecer contacto directo con el pueblo como por el juego de ritmos, el dinamismo de las direccionales, la riqueza de matices y el equilibrio asimétrico (por lo tanto vivo, palpitante) de la composición.

Soberbias son, igualmente las aguafuertes donde la firmeza del dibujo, la invención en el tratamiento de la estructura (hombre-circunstancia-espacio) y el refinamiento en el manejo de la punta de acero y del buril elevan al conjunto al nivel de las obras maestras.

ANTONIO RODRÍGUEZ



Alberto Chimal

La familia de Baturasad

UNA VEZ NEGORA, el gran mago, estaba en Mardirr. Había vencido a Unsu, el brujo, que amenazaba con rayos y bestias salvajes a la gente de la ciudad, y esa misma gente había hecho una gran fiesta, con vino y música y bailes, para celebrar su rescate. También habían ofrecido al mago el gobierno del país, aunque, para alegría de sus ediles y presidentes, Negora había declinado la invitación, que lo hubiese mantenido mucho tiempo en un solo lugar.

Pero ésta no es la historia de Mardirr, ni la de Unsu, aunque fue una de las batallas más grandes que Negora peleó en su vida, y aunque tuvo mucho que ver con su búsqueda de la Celda Roja, muchos años más tarde, entre las almas atormentadas de la Tierra-Sin-Sueño. Ésta es otra historia, y comienza en verdad a la mañana siguiente de la fiesta, cuando Negora recogió sus cosas, salió de la ciudad y se encontró, justo al otro lado de las murallas, con una multitud que comenzó a gritarle:

—¡Ayúdanos, mago! ¡Ayúdanos! ¡Sálvanos! ¡Danos algo de tu suerte!

Eran más de medio centenar, hombres y mujeres, desde viejos hasta niños de brazos, vestidos con las ropas sencillas de los campesinos de la región. Todos, le pareció a Negora por un instante, se parecían. Y todos se arrojaron sobre él, con tanto brío como Unsu y sus legiones, o lo hubieran hecho si el mago no hubiese levantado a su alrededor una barrera mágica, invisible, contra la que chocaron. Pero ni la fuerza del golpe, ni la sorpresa de haber sido detenidos por algo que no podía verse, menguaron su ánimo, y siguieron empujando, gritando, exigiendo los dones que Negora tenía y que podrían ser de ellos.

Asombrado, Negora los dejó continuar por un rato, y no supo qué hacer hasta que vio, la última entre todos, a una mujer, muy menuda y delgada y vieja, que también gritaba y se debatía pero no se dirigía al mago:

—¡Ya basta! —decía— ¡Ya basta! ¡Así nunca va a escucharnos! —y nadie sino Negora la escuchaba.

Con un conjuro muy simple, el mago convirtió su voz en un trueno, así de potente y profunda, para preguntar:

—¿Cuál es tu nombre, señora? —y todos callaron porque las palabras retumbaron en sus pechos como un golpe de viento.

La anciana tardó un momento en darse cuenta de que el mago le hablaba a ella.

—Sí, usted —dijo él, amablemente.

—Yo me llamo Berro —contestó la mujer, e hizo una pausa, pero sólo para recobrar el aplomo, pues siguió—: ellos y yo habitamos la aldea de Baturasad, que está a treinta leguas de camino...

—¡Treinta leguas! —se admiró Negora, pero Berro seguía hablando:

—..., y la dejamos sola, y hemos caminado durante días y días, y no ha sido fácil, pero lo hemos hecho porque somos familia: la casa de mi difunto esposo, Pontussod. Venimos hasta usted porque supimos que estaría aquí, y porque nuestra aldea sufre, y los señores de Mardirr no atienden nuestras súplicas y sólo su poder puede preservarnos juntos, como todos deseamos...

—Yo no lo deseo —murmuró un hombre, que permanecía muy cerca de una joven y cargaba a dos niñas pequeñas.

—¡Cállate, Samma! —lo regañó Berro.

—Cállese usted, abuela —dijo una mujer gorda, entrada en años pero más joven que Berro. Yo sólo quiero, señor mago, que le dé algún gusto por el trabajo a estos dos holgazanes —y zarandeó a dos muchachos.

—Yo quiero —dijo uno de ellos— que nos deje de molestar.

—Yo quiero que ya no me persigan —dijo otro hombre, mirando de reojo a una mujer.

—Yo quiero que me cumplan —dijo la mujer, y junto con ella todos los demás comenzaron a hablar al mismo tiempo, pidiendo tal o cual cosa, todos con el mismo apremio, todos convencidos, en apariencia, de que Negora les podría dar lo que quisieran: más o menos libertad, más o menos coraje, más o menos riqueza, más o menos responsabilidad.

El mago se quedó en silencio, mirándolos tan sólo, por un rato largo, y vio que todos creían de verdad que él iba a reconciliar o separar para siempre a las parejas enemistadas, a disciplinar o liberar a los hijos, a hacer más respetados o más tolerantes a los padres, a conciliar a los hermanos o a decidir quiénes valían y quiénes no.

Pero se dio cuenta también de que en verdad habían caminado las treinta leguas, y tal vez a marchas forzadas, porque todos estaban estragados por el viaje: cansados, sudorosos, con saliva reseca en los labios y polvo en las ropas. Y los niños más pequeños no lloraban porque no podían, porque estaban atontados por el hambre y la pesadez del camino, y de los viejos muchos se tambaleaban: sólo Berro seguía gritando con la misma energía, y era claro que por ella, por la más vieja y enérgica de la casa, habían emprendido la jornada todos los demás.

—Callen —dijo Negora—, callen —y su voz volvió a resonar con más fuerza que cualquier voz humana, pero esta vez no fue un golpe fragoroso, sino algo suave y lento, como una ola. Todos callaron. Dígame, señora Berro, ¿hay una plaga en su aldea? ¿Llegaron allá las bestias de Unsu? ¿Hubo algún otro desastre?

—No —respondió, Berro—, no hay ningún otro desastre que éste: que todos peleamos y no queremos estar juntos, y así como todas las otras familias de Baturasad se han marchado y se han separado, así todos estos quieren separarse e irse a quién sabe dónde... —se levantaron muchos murmullos, pero esta vez la misma Berro pudo acallarlos— ¡Ya basta! —dijo— Ya basta. Todos piden y piden pero no ven que van a perderse unos a otros, y nada podrá sanar esas heridas. Yo le pido, señor mago, que nos haga ser otra vez una sola familia. Una familia unida...

Negora, de pie ante la puerta de Mardirr, con el pequeño atado de sus cosas bajo el brazo, miró a la gran familia de Pontussod, a su matriarca, y a





todos los demás, que miraban a Berro con disgusto.

—De mucho va a servirnos la familia —dijo alguien en voz alta, y ya iba Berro a gritar para preguntar quién había sido cuando Negora la calmó con un gesto.

—Por favor —dijo—, permítanme ayudarlos. ¿Puedo ir con ustedes de vuelta a su aldea?

—Sí —respondió Berro—, eso queremos... Pero tenemos que descansar un poco.

—No hará falta —dijo Negora, y levantó una mano, y pensó un conjuro muy complejo y poderoso.

Y a la familia de Pontussod le pareció que se levantaba una brisa ligera, una brisa fresca y dulce, pero que la brisa se llevaba el paisaje alrededor de ellos: las murallas, la planicie los caminos que la surcaban, los montes a lo lejos, las nubes del cielo, y el lugar que habían ocupado se llenaba con otra cosa: otras montañas, un suelo amarillento y marchito, peñascos, el lecho de un río seco, y muy cerca de ellos, a sólo unos pocos pasos, en verdad, una aldea casi en ruinas, hecha de madera reseca y ladrillos grises.

Toda la familia se quedó atónita, pues sí, era Baturasad, la aldea que días antes habían abandonado.

—Estamos de vuelta —dijo Negora. No es ilusión ni engaño. Por favor vayan a sus casas. Trataré de ayudarlos, pero antes deben descansar.

Se fueron, sin decir nada o casi nada porque no salían de su aturdimiento, y se dispersaron para entrar en las casas. Negora observó que varias de ellas no tenían puertas, o tenían grandes agujeros en el techo o las paredes.

—Señora —dijo a Berro, que se había quedado junto a él—, quiero que usted me cuente todo. ¿Por qué ha sucedido esto? ¿La tierra se ha vuelto árida?

Señaló el río seco, pero Berro le respondió que siempre había sido así: Baturasad, el nombre de la aldea, quería decir “el agua que ha muerto” en una lengua de la región.

—Lo que pasa es que la gente ya no se conforma con su vida, como antes, y siempre quiere más cosas, y cree que yendo a las ciudades y olvidando a sus padres.

—¿Todos son sus descendientes?

—Todos, pero ya no me hacen caso.

Berro le contó de todos, uno por uno: de Samma, el joven esposo y padre de dos niñas, que se empeñaba en planear su viaje a alguna ciudad; de Fonseral, la madre de los dos muchachos desobligados, que eran así, según dijo Berro, porque nunca habían sido educados ni vueltos gente de provecho; de los que eludían los matrimonios previamente pactados, de las que no soportaban a sus esposos, de los que no sometían a sus mujeres, de los que querían dedicarse al comercio o por lo menos unirse a caravanas cuando los oficios de la familia eran la agricultura y el pastoreo...

—¿Pero crecen plantas aquí? —preguntó Negora en un momento.

—Toda mi vida he comido brotes de hierbamarga, y bayas de funcol, y he vivido bien. Son los tiempos, que hacen que todos quieran cosas nuevas y diferentes. Yo conocí esta aldea cuando parecía desierta, cuando éramos tan pocos que se notaba la falta de muchas familias.

Negora se enteró también de que esas otras familias no se habían marchado todas juntas, de pronto, de Baturasad: se habían ido poco a poco, en el curso de años y décadas, y sólo la voluntad de Berro había impedido que pasara lo mismo con los suyos.

—Siempre que alguien quería irse, yo le recordaba la deuda que tenía con

todos los demás, con sus hermanos, con sus padres, conmigo: todo lo que habíamos hecho por él, y todo lo que nos dolería perderlo. Y se quedaba. Pero ahora ya no escuchan. Ya no quieren escuchar. Ya no les importa lo que digo, no les importa.

Calló, y cerró los ojos, y Negora pensó que contenía una lágrima.

—Ahora me reprochan, como si yo les hubiese hecho algo, como si yo tuviera la culpa de que no puedan mantenerse ni mantener a los suyos. Trabajen, les digo, y no se quejen, y ellos se calman, pero al poco rato están otra vez peleando, esquivando sus obligaciones, diciendo que ahora sí, que ya no aguantan más, que la aldea ya está llena de nuevo.

Negó, varias veces, con la cabeza.

—Y ahora, durante el viaje, se quejaban en cambio del camino, y pedían que regresáramos, y querían parar en otras aldeas...

Caminando, porque habían estado caminando, Berro y Negora cruzaron la aldea y llegaron al otro lado. Allí se volvieron y contemplaron, otra vez, las casas en ruinas, la tierra seca, la soledad de aquel lugar triste. Y se quedaron en silencio por un rato.

Cuando Negora abrió la boca, Berro se le adelantó y dijo:

—¿Qué hará, señor? ¿Les hablará? ¿Les mostrará con visiones lo que deben hacer...? ¿O no puede ayudarnos? ¿No es capaz de hacer algo por que entren en razón? ¿No hay ninguna magia que pueda...?

Y siguió preguntando, pero Negora no respondía.

Sólo cuando calló, el mago le dijo:

—Les voy a ofrecer algo que no han visto en mucho tiempo.

—¿Qué? —preguntó Berro, sin entender.

Y Negora alzó la voz una vez más, y llamó a todos a que salieran, como antes habían salido para viajar a Mardirr en busca de un mago, y cuando estuvieron reunidos les dijo así:

—Gente de Baturasad, de la familia de Berro y Pontussod, por favor escuchen. Voy a ofrecerles algo —y no hizo caso de las voces que le preguntaban, que le reclamaban, que querían pedirle las cosas que ya le habían pedido. Porque cerró los ojos, y por un tiempo sin medida, por un tiempo que algunos describen como un parpadeo y otros como la historia, como la vida entera de todo y de todos, por ese tiempo estuvo Negora concentrado, muy en el fondo de sí mismo, en donde yace la magia verdadera para aquel que la encuentra. Y forjó un hechizo con esa magia, y le dio vida, y lo envió al mundo.

Y al abrir los ojos, para los demás sólo había sido un parpadeo, y seguían hablando. Pero Negora permaneció callado, y, poco a poco todos comenzaron a escuchar el rumor. Que era muy bajo, apagado, leve, pero se oía.

—¿Qué es eso? —dijo alguien.

—Parece...

—El lecho del río.

—No puede ser —dijo Berro, y un hombre echó a correr, y varios lo siguieron, y cuando todos estuvieron allí vieron que el lecho del río ya no estaba seco.

No: lo llenaba una corriente, muy mansa, muy lenta, pero constante, que no se detenía, que no se perdía en la tierra seca.

—Es más agua de la que parece —dijo Negora, mientras todos los demás la miraban, porque era cristalina, limpia, como venida del hielo fundente de una montaña.

Después de un momento, de un largo momento de asombro, un niño se acercó, tocó el agua con su mano y la encontró fresca.

Y otro, más valiente, metió el pie, y otro más valiente aún se arrojó a la corriente, y varios, hombres, muchachos, algunas mujeres, los hijos de Fonseral, lo siguieron.



Y al punto gritó Berro para que salieran, y también (porque, según se dijo, el mago había sido sabio) para que algunos, los más fuertes, comenzaran a cavar para hacer un canalón, una atarjea... Había que aprovechar el don que se les había dado. Pronto podrían plantar semillas, comprar animales, poner macetas con flores en las ventanas; podrían reparar las casas, podrían hacer tantas cosas...

—Hay que reconciliarnos —dijo Berro, muy emocionada, y pensó que las parejas serían felices otra vez, que todos estarían más y mejor avenidos que antes.

En ese momento, Negora desapareció, sin hacer ruido, como si el aire se lo hubiera llevado.

Y Berro, que no lo vio partir, pensó que, tal vez (aunque de inmediato le pareció muy aventurado, muy atrevido), Baturasad tendría que cambiar de nombre: tendría que ser Beturiasad, "el agua que *había* muerto", o tal vez Aiasad, "el agua clara", o Danidesse, "la tierra fértil"...

En los meses que siguieron, sin embargo, todos pudieron ver que el agua mágica de Negora, la que no era chupada por el lecho del río, tampoco era chupada por la tierra de ninguna otra parte. No servía para riego ni cultivos. No mojaba. Una gota, al caer al suelo, se quedaba allí, aplastada, y más aún: después de poco empezaba a moverse, otra vez hacia el río, y a él regresaba.



Berro, y algunos más, maldijeron a Negora, que así, con un agua que sólo era capaz de correr, se había burlado de ellos. Y la vieja matriarca pensó, también, en ir a buscar a algún otro mago: a Ndacon el Fuerte, a Saiur de Haydayn..., o a Usun, el brujo, del que tanto había oído hablar en su camino a Mardirr.

Pero mientras ella pensaba otros comenzaron, por las noches, a quitar tablas y vigas de sus casas, a trenzar cuerdas con hierbamarga, a llevar estas cosas, y otras, a las márgenes del río.

Y un día la familia del hombre llamado Samma puso una almadía, una pobre balsa fabricada con aquellos desechos, sobre la corriente, y se fue en ella río abajo. Y sólo fueron los primeros, porque muchos otros, con su misma inspiración, se embarcaron igualmente, a pesar de los ruegos de Berro, a pesar de sus protestas y amenazas, con lo poco o mucho que tuvieran. Sin otro deseo que llegar a algún otro lugar, si no más pródigo y dichoso al menos distinto.

—Cállese, abuela —le decían, y se daban más prisa, y su voz se quebraba a veces, como si tuvieran miedo. Y en verdad muchos sentían pavor al enfrentar la corriente, pero sus embarcaciones, por endeble que fueran, siempre flotaban en el agua mágica. Y pronto se movían, y ganaban velocidad, y se alejaban.

En pocos meses, en Baturasad sólo quedaron Berro y algunos otros, no más de diez. Y ellos, después de pensarlo, al ver que nada más podían hacer, construyeron también una balsa. La guió Fonseral, que no había seguido a sus hijos por quedarse con Berro. Y la anciana, a la que tuvieron que embarcar por la fuerza, fue puesta al frente. Allí permaneció durante el viaje, cruzada de brazos, sin hablar...○